

EL MUNDIAL Y LA PALOMA DE LA PAZ

JOSE ARTEAGA, s.j.

Muchos chilenos, incluyendo habitantes de campamentos, ejecutivos de grandes empresas, amas de casa, estudiantes, sacerdotes, comerciantes, militares y campesinos, estamos dedicando, desde el 13 de junio, una parte considerable de nuestra atención y tiempo al Campeonato Mundial de Fútbol. Lo mismo debe estar aconteciendo en Europa, el resto de Latinoamérica y en numerosos países de Asia y África.

Pocos acontecimientos transmitidos y amplificadas por la televisión, la radio y la prensa escrita, son capaces de atraer la atención y movilizar la afectividad de tantos millones de personas a través del mundo, haciéndonos concebir secretas esperanzas, gozar con las victorias y deprimimos con las derrotas. El Mundial, como fenómeno de comunicación, talvez es comparable solamente con el primer alunizaje del hombre. Pero ni las guerras que destrozan nuestra convivencia ni la osadía del Papa al visitar Inglaterra y Argentina ni las actuales proezas espaciales acaparan de la misma forma nuestro interés.

Más allá de la manipulación

El primer movimiento es interpretar todo esto como una gran manipulación de las conciencias por parte de los que controlan los medios de comunicación social y financian la publicidad a nivel mundial y local. Y es indudable que hay algo de esto, al considerar los millones gastados en un momento de recesión y la forma de manejar ciertas noticias sobre hechos claves de la vida nacional. Pero lo anterior no obsta para que, a pesar de nuestras sospechas, sigamos con pasión los partidos.



Tiene que haber algo más profundo y más humano en el hecho de asistir, a la distancia, al encuentro en la España rescatada para la democracia, de representantes de países desarrollados y subdesarrollados, africanos y europeos, socialistas y capitalistas, cristianos y musulmanes.

Sería todavía más hermoso que todos nuestros países se reunieran en una tarea común de cooperación al bienestar de los más pobres y que los acompañáramos con el mismo fervor y vibráramos con igual intensidad. Pero mientras nuestras cotas de humanidad no alcancen esa altura, no deja de ser un símbolo que las naciones se encuentren para competir bajo el juicio de árbitros que se esfuerzan por aplicar reglas universalmente aceptadas, en vez de encontrarse en los océanos y en los aires para dispararse misiles, derribar aviones, hundir barcos y aniquilar seres humanos. No deja de ser un símbolo que en esta competencia, a pesar del influjo del dinero y del nivel de desarrollo, todavía sea posible que, de vez en cuando, el pequeño venza al grande. Por estos contenidos humanos que atisbamos más allá del dinero, de la propaganda y de la bulla, nos emocionó ese niño que avanzaba en medio de un estadio lleno, con la seriedad de los grandes momentos, llevando una pelota en sus manos, y que dejó escapar de ella la paloma de la paz, esa palo-

ma maravillosamente representada por miles de personas sobre el césped del estadio de Barcelona.

Ocasión del encuentro

El Mundial es también un acontecimiento casero. Es un encuentro de vecinos en torno a la televisión en colores, es un motivo de conversación con el desconocido de la micro y del ascensor, es una posibilidad de ocio sano y de fiesta, en medio de situaciones extremadamente duras. Muchos de nosotros queremos vencer, en cierta forma, a través de los 11 o 13 chilenos que juegan en España y gozar, aunque sea por unos días, de la alegría de una victoria que no implica la muerte del adversario. El corazón se nos irá con otro equipo, talvez un latinoamericano, talvez España, nadie lo sabe. El Mundial es un espacio abierto para encontrarnos, sin olvidar las enormes dificultades que nos dividen y que esperan nuestra respuesta; un espacio para soñar un momento en lo que podría ser una patria unida en pos de una meta común libremente elegida. ¿No vivimos algo de eso hace veinte años, cuando celebramos nuestro paso a las semifinales y la conquista del tercer lugar? El año pasado, caminando por la Alameda, después de la victoria sobre Paraguay, era imposible no pensar en lo que sería la alegría desbordante de este pueblo si se sintiera libre, unido y con un gran proyecto entre las manos para una realización en que pudiéramos cooperar todos.

De este mes, que puede ser un tiempo de manipulación, de inconciencia o de "mala conciencia", podemos hacer un tiempo humano de encuentro entre vecinos y entre países, de descanso en el camino y de gratuidad. Podemos pasar del símbolo a lo simbolizado, ir más allá del rumor de la prensa, del partido perdido y que pudo empatarse, y dejar brotar del fondo del corazón las ansias de ver un día al mundo entero celebrando en una gran fiesta el ser una sola familia que trabaja por la paz y la justicia. □